

EL NUEVO NEOLIBERALISMO

EN UNA ENTREVISTA concedida en julio de 2015, Yanis Varoufakis, exministro de finanzas griego, reveló en parte sus conversaciones con los representantes de los acreedores de Grecia en las reuniones de los ministros de finanzas de la UE. Algo destacable fue su descripción de niveles casi surrealistas de incompreensión: «Planteas un argumento en el que realmente habías trabajado –para asegurarte de que fuese lógicamente coherente– y no encuentras más que miradas inexpresivas. Es como si no hubieras hablado. Lo que tú dices es independiente de lo que ellos dicen. Les habría dado igual que les hubieses cantado el himno nacional sueco»¹. La promesa de una esfera pública común en Europa, tejida mediante la deliberación razonada, que ha enamorado a los liberales durante más de dos siglos, parece rota. La reconstitución de este proyecto después de la guerra, que situó el Mercado Común en el centro, ha alcanzado su límite, como muchos de sus anteriores entusiastas aceptan ahora. El comentario de Varoufakis es sintomático de una nueva corriente de disensión política que no puede calificarse simplemente de crítica. Expresa, por el contrario, una sensación de desconcierto ante la persistencia de las formas de regulación económica dominantes, aparentemente inmunes a la evidencia, a la evaluación o a los méritos de las alternativas. Una vez que la crítica deja de ser oída o reconocida siquiera, los críticos bien podrían no decir nada.

Un resultado de este aparente irracionalismo desde arriba ha sido la reivindicación de la sinrazón desde abajo. El artista de performances británico Mark McGowan, conocido también como «el taxista artista»,

¹ Yanis Varoufakis, «My five-month battle to save Greece», *New Statesman*, 16 de julio de 2015.

ejemplifica esto en sus videos de YouTube. McGowan se sienta en el coche con las gafas de sol puestas y libera su furia contra las medidas de austeridad, las elites políticas, los evasores de impuestos y el absurdo perjuicio social puestos en marcha desde la crisis financiera. Mientras gesticula a la cámara situada sobre el panel de instrumentos del coche, tiene aspecto de incredulidad, más próximo a la hilaridad que a la desesperación, como si preguntase: ¿de verdad puede ocurrir esto? Uno de los titulares de *El Taxista Artista* era: «Esto no es una recesión, es un robo». Las alegaciones de violencia ilegal son comunes en esta nueva cultura de la protesta, como en las ubicuas quejas del #thisiascoup, o en el memorable calificativo que Varoufakis dio a las condiciones de la deuda griega, a las que tachó de «tortura fiscal de la bañera». En Estados Unidos, *The Onion* y *The Daily Show* ofrecen desde hace mucho tiempo un modelo de información satírica sobre la escena política. *The Daily Mash*, una página digital británica, se ha concentrado de modo más específico en el sinsentido económico, con artículos como «“Aprende a venderte” para convertirte en moneda de curso legal» o «Los conservadores construirán miles de segundas residencias a precios asequibles». La proximidad de estos titulares a noticias «reales» permite de hecho a los lectores escoger entre las dos noticias, ambas igualmente absurdas.

Este aparente cambio a la sinrazón por parte de los poderes gobernantes se ha caracterizado desde 2008 por el diseño de políticas más encarnizadas, que a menudo operan fuera de las normas de evaluación política, de la recogida de pruebas o de la apelación pública. En el pasado, el neoliberalismo ha sido criticado por situar los juicios económicos de la «eficiencia» o la «competitividad» por encima de los juicios morales de la justicia social. Pero parece cada vez más, al menos en el plano del discurso público, que los gobiernos operan completamente fuera de las normas del juicio. El mejor ejemplo de esto es la austeridad en sí. La historia ofrece escasos ejemplos de programas procíclicos de contracción presupuestaria que hayan logrado evitar el estancamiento macroeconómico². La hipótesis de la «austeridad fiscal expansiva», planteada por el economista de Harvard Alberto Alesina y citada con entusiasmo por varios dirigentes políticos europeos desde 2008, tan solo postulaba que los recortes de gastos no tenían por qué provocar necesariamente una reducción del crecimiento. Pero ninguna prueba empírica sobre las deficiencias de la austeridad parece adecuada para hacer descarrilar a quienes defienden que es necesaria.

² Véase Mark Blyth, *Austerity: The History of a Dangerous Idea*, Nueva York, 2013 [ed. cast.: *Austeridad. Historia de una idea peligrosa*, Barcelona, 2014].

Las políticas sociales destinadas a disciplinar a las poblaciones vulnerables se han vuelto igualmente increíbles. De acuerdo con el régimen de «sanciones de prestaciones» británico, las prestaciones sociales en dinero pueden suspenderse repentinamente durante un mes por incumplimientos triviales, sin ningún sentido de razón procedimental acerca de cómo se aplicarán las normas. Un hombre sufrió un infarto cardiaco de camino a una cita, pero aun así lo sancionaron; otro perdió su prestación por ir al entierro de su hermano y no poder contactar con el centro de empleo. Más de un millón de británicos han sido sancionados por una razón u otra. Miles han muerto después de que los gestores privados subcontratados por el Estado para administrar el nuevo modelo de *workfare* los declarasen «aptos para trabajar» y les retirasen sus prestaciones por discapacidad³. Las políticas sobre el mercado laboral incorporan ahora dudosas técnicas de activación conductual, desde programación neurolingüística a lemas autopublicitarios. Los participantes deben leer «afirmaciones» como «Mis únicas limitaciones son las que me pongo a mí mismo», que son casi cómicamente distantes de la realidad de quienes viven con bajos ingresos, enfermedades crónicas y miembros dependientes en la familia.

Podría alegarse que dichas políticas no carecen completamente de razón. Claramente la austeridad tiene sus beneficiarios en las instituciones financieras y los Estados acreedores; el trato duro a los perceptores de ayudas sociales sirve a conocidas agendas electorales. Pero estas tendencias parecen existir fuera de la razón gubernamental pública. Si Foucault tenía razón al afirmar que los Estados liberales desistieron de formas de castigo excesivas y vengativas en el siglo XIX, sustituyéndolas por formas expertas de disciplina, arraigadas en detallados conocimientos estadísticos, psicológicos y económicos sobre cómo alcanzar resultados óptimos, los regímenes de austeridad contemporáneos parecerían estar revirtiendo ciertos aspectos de este modelo. Ya no está claro que las ciencias sociales, la economía o la psicología se estén aplicando en un sentido normativo, metodológico, públicamente verificable. Por el contrario, parecen estar operando como armas de poder soberano, afirmando verdades en lugar de descubrirlas.

³ Patrick Butler, «Thousands Have died after being found fit for work, DWP figures show», *The Guardian*, 27 de agosto de 2015.

¿Muerto y sin embargo dominante?

Si hoy vivimos bajo el neoliberalismo, este es manifiestamente diferente del neoliberalismo que subió al poder a finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, y diferente también del que predominó a partir de la de 1990, en el prolongado auge que precedió a 2008. La nomenclatura siempre ha sido controvertida. Se sugiere con frecuencia que el término «neoliberalismo» hace referencia a demasiadas dinámicas políticas heterogéneas o contradictorias y que es, por lo tanto, inútil. Por supuesto, la incongruencia interna del concepto puede contener algo real acerca del sistema que se propone captar. Pero hay, no obstante, algo problemático en el hecho de atribuir las intervenciones gubernamentales de 2016 a la misma racionalidad o a la teleología dominantes que inspiraron las de 2001 o 1985. Parecería ciertamente que el neoliberalismo ha entrado en una especie de fase poshegemónica, en la que los sistemas y las rutinas de poder sobreviven, pero sin autoridad normativa o democrática. En este sentido, como afirmaba Neil Smith, el neoliberalismo «está muerto pero sigue siendo dominante»⁴. ¿Pero y si las nuevas formas de poder no estuviesen menguando, como algunos sugieren, sino abandonando por completo la búsqueda de la hegemonía, en el sentido ético de Gramsci? Lo que ha surgido, quiero sugerir, no es simplemente otro «pos», sino una nueva fase del neoliberalismo organizada en torno a unos valores y actitudes de castigo. No es el tipo de castigo concebido por Bentham e historizado por Foucault, a saber, una ciencia ponderada del displacer. Es, por el contrario, una forma implacable que actúa en lugar del discurso razonado, sustituyendo a la necesidad de formación de consenso hegemónico. Esto es lo que provoca como respuesta la indignación e incredulidad, captadas en la noción de «tortura fiscal de la bañera».

Para entender históricamente esta fase, necesitamos considerar en qué difiere de la que se produjo antes de 2008. Desde esta perspectiva, está claro que no hubo una única época de neoliberalismo, sino dos. En primer lugar, la difusión del neoliberalismo a partir de aproximadamente 1979, que duró más o menos una década, hasta la caída del Muro de Berlín, y estuvo liderada por partidos neoconservadores de la derecha y, de modo más destacado, por Reagan y Thatcher (aunque Carter y Callaghan habían asestado los primeros golpes). En segundo lugar, se produjo la aplicación del neoliberalismo, que duró casi dos décadas, entre la desaparición del

⁴ Neil Smith, «The Revolutionary Imperative», *Antipode*, vol. 41, núm. 51, 2010.

socialismo de Estado y la crisis financiera global. Algo importante es que los partidos progresistas y ex socialistas de centro izquierda lo fomentaron, lo cual ha provocado que en la actualidad muchos de ellos se encuentren en desbandada. La distinción de épocas que pretendo trazar no hace referencia a modos de reglamentación o a variedades de políticas propiamente dichos, sino a las orientaciones éticas y filosóficas que las acompañan. Los mismos instrumentos de poder estatal pueden comportar múltiples significados en diferentes momentos de la historia. El *telos* o principio *a priori* de una política es intangible, pero existe no obstante en la psicología y en las prácticas mutuamente entendidas de quienes la aplican y viven con ella. Con esto en mente, ofrezco una interpretación de las sucesivas filosofías éticas que han proporcionado al Estado neoliberal su orientación. Lo que ha cambiado desde 2008 no son tanto las técnicas de poder –que se han mantenido inquietantemente constantes– como el espíritu o el significado de su aplicación práctica.

I. EL NEOLIBERALISMO COMBATIVO: 1979-1989

Los orígenes del neoliberalismo como proyecto político e intelectual específico pueden situarse en el debate sobre el cálculo económico en el socialismo, y en Ludwig von Mises en particular⁵. Estos cimientos indican algo acerca del carácter de la posterior razón crítica neoliberal. Mucho antes de que Hayek y sus aliados intentasen construir una visión positiva del gobierno neoliberal, Mises había señalado las ambiciones principalmente obstructivas, destructivas incluso, de los intelectuales neoliberales. En el centro de sus aportaciones de la década de 1920 se situaba la necesidad de desacreditar la racionalidad del socialismo. Mises estableció unas condiciones de exigencia imposibles para reconocerle a un gobierno socialista un aspecto «racional». Centrándose en el problema filosófico de la valoración intersubjetiva, sostuvo, como es bien sabido, que el sistema de precios era el único medio concebible para convertir los valores en una métrica de cálculo conmensurable. La inversión en capital productivo sería irracional sin dicho sistema, dados los horizontes temporales y las complejidades implicados en la producción industrial. Si bien el propio Mises nunca fue una figura central en el posterior «colectivo del pensamiento neoliberal», como lo llama Philip

⁵ Ludwig von Mises, «Economic Calculation in the Socialist Commonwealth», en *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* [1922], Auburn (AL), 2009; ed. cast.: *El socialismo. Análisis económico y sociológico*, Madrid, 2007.

Mirowski, sí ofreció un modelo para el desmantelamiento crítico de la política socialista y keynesiana⁶. Su estilo de crítica dio el tono a lo que vino con posterioridad: la insistencia en elecciones binarias simples y aparentemente obvias entre el capitalismo liberal de mercado y todo lo demás.

Como señala Mirowski, el pensamiento de los primeros neoliberales compartía aspectos del realismo político antidemocrático de Carl Schmitt. La visión que aquellos tenían de «lo político», presente también en la tradición del neoliberalismo estadounidense que emergió en las universidades de Virginia y Chicago, estaba dominada por el problema de la decisión ejecutiva, que necesitaba aislarse de objetivos populistas a corto plazo. Situar el poder ejecutivo en manos de tecnócratas racionales sería el corolario necesario de proteger la racionalidad del sistema de precios. Podemos observar también otra dimensión clásicamente schmittiana en el estilo de crítica neoliberal: la crudeza de la elección entre las economías de mercado y todo lo demás introduce una distinción amigo-enemigo en el terreno de la elaboración de la política económica. El socialismo representaba el enemigo necesario para que el neoliberalismo se fusionase como identidad política.

Cómo evolucionó el neoliberalismo entre el debate sobre el cálculo económico en el socialismo y el triunfo de la Nueva Derecha en la década de 1980 es una historia que ya se ha contado en otra parte. Muchos estudios han resaltado la importancia de los *think tanks* en el desarrollo del programa político sólido que Hayek pretendía construir. Pero sería un error olvidar que este movimiento fue catalizado, integrado y motivado por un espíritu de resistencia a las fuerzas políticas e intelectuales no capitalistas. Inspirado por ejemplos de la izquierda, se trataba de una insurgencia deliberada, de un movimiento social dirigido a combatir e idealmente destruir a los enemigos del capitalismo liberal. Para sorpresa de buena parte de la izquierda a finales de la década de 1970, el capital logró reorganizarse social y políticamente, como en otro tiempo lo habían hecho los trabajadores⁷. En su forma aplicada, el neoliberalismo combativo incluía diversas tácticas dirigidas a debilitar la posibilidad del socialismo. La legislación contra los trabajadores y en ocasiones los enfrentamientos violentos con los sindicatos –controladores aéreos en

⁶ Philip Mirowski y Dieter Pelwe (eds.), *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, Cambridge (MA), 2009.

⁷ Wolfgang Streeck, *Buying Time*, Londres y Nueva York, 2014; ed. cast.: *Comprando tiempo*, Buenos Aires, 2016.

Estados Unidos, mineros en Reino Unido— fueron algunas de las principales. Las políticas monetaristas antiinflacionarias y los tipos de interés elevados tuvieron el efecto añadido de aumentar el desempleo hasta niveles insólitos. Alan Budd, uno de los asesores económicos de Thatcher, confesó más tarde que este había sido desde el comienzo un objetivo subyacente del monetarismo⁸. El gasto militar acelerado del gobierno de Reagan impuso tensiones insostenibles a la economía soviética, al tiempo que enmascaraba la falta de crecimiento en el sector privado estadounidense.

Explicaciones clásicamente marxistas como la de David Harvey se centran en estos cambios políticos como prueba de que el Estado neoliberal es un instrumento de poder de clase⁹. La restauración de la tasa de beneficio, después de la crisis inflacionista de la década de 1970, fue su propósito invariable, aunque no se alcanzó de forma duradera. Pero esto no capta la orientación cultural e ideológica del neoliberalismo combativo, que era la de demoler las sendas no capitalistas de esperanza política. David Graeber lo expresa sucintamente: «Cuando hay que elegir entre una opción que hace que el capitalismo parezca el único sistema económico posible y otra que podría convertir de hecho al capitalismo en un sistema económico más viable, el neoliberalismo siempre opta por la primera»¹⁰. La rigurosa elección binaria introducida por Mises entre la racionalidad del sistema de precios y la irracionalidad de todo lo demás tiene el efecto de oscurecer todas las diferencias que existen entre los sistemas y las culturas del socialismo. Anula elecciones entre formas de colectivismo más y menos eficaces, al tiempo que bloquea los diversos tipos de economía mixta que prosperaron durante el auge de posguerra.

La coherencia del neoliberalismo como forma particular de crítica y de práctica política solo se inventó, por lo tanto, en oposición combativa al socialismo, cuya destrucción, tanto internacional como nacional, proporcionaba su *telos* motivador. Muchas de las políticas neoliberales emblemáticas de la década de 1980 no «funcionaron» en ningún sentido utilitario mensurable. El análisis posterior ha demostrado que las reformas del mercado laboral británico, por ejemplo, no sirvieron para aumentar el empleo en el sector privado a largo plazo, una vez

⁸ Daniel Trilling, «A “nightmare” experience?», *New Statesman*, 8 de marzo de 2010.

⁹ David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Londres y Nueva York, 2013; ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, 2007.

¹⁰ David Graeber, «A Practical Utopian's Guide to the Coming Collapse», *The Baffler*, núm. 22, 2013.

eliminados los efectos de la privatización¹¹. Pero tuvieron éxito en su agenda ética más difusa de anclar las esperanzas y las identidades políticas a formas económicas no socialistas.

II. EL NEOLIBERALISMO NORMATIVO: 1989-2008

¿Qué es el neoliberalismo en ausencia de socialismo? ¿Qué le proporciona su orientación o su coherencia ética? La edad de oro del neoliberalismo durante la década de 1990, descrita por Giovanni Arrighi como la *belle époque* de la hegemonía planetaria estadounidense, fue testigo de un modo de gobierno diferente. Una vez delimitados los horizontes de la esperanza política a un único sistema político-económico, el proyecto de modernización se volvió explícitamente normativo, o cómo hacer que ese sistema resultase «justo». El *telos* neoliberal se volvió constructivista: convertir métricas e instrumentos basados en el mercado en la medida de todo el valor humano, no solo dentro del mercado sino, crucialmente, también fuera. Foucault fue uno de los primeros en comprender que los intelectuales neoliberales no solo se dedicaban, à la Mises, a la demolición crítica de los argumentos a favor de la planificación económica sino también a rehacer la subjetividad en torno al ideal de empresa¹². Conceptos como «capital humano» ofrecían una nueva lente a través de la cual analizar y calcular la toma de decisiones en contextos situados fuera del mercado. La virtud de los mercados era su cualidad competitiva, que proporcionaba un procedimiento normativo a través del cual podían determinarse el valor y el conocimiento¹³. De acuerdo con esta lógica, todas las esferas de la actividad humana deberían en consecuencia reconstruirse en torno a los criterios de la competencia, para así garantizar que los productos, los servicios, los instrumentos, las ideas y las personas valiosos fuesen descubiertos. La tarea del gobierno era ahora la de garantizar que los «ganadores» fuesen claramente distinguibles de los «perdedores» y que el combate se percibiese como algo justo.

¹¹ Ewald Engelen *et al.*, *After the Great Complacency: Financial Crisis and the Politics of Reform*, Oxford, 2011.

¹² Michel Foucault, *The Birth of Biopolitics: Lectures at the Collège de France 1978-1979*, Londres, 2008; ed. cast.: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, 2009.

¹³ F. A. Hayek, «Competition as a Discovery Procedure» [1968], *Quarterly Journal of Austrian Economics*, vol. 5, núm. 2, 2002.

En la práctica, esto implicaba una modernización constante de la administración, la gestión y la contabilidad. Las reformas de las burocracias públicas pretendían inyectar un espíritu de empresa en el propio Estado. En Reino Unido se introdujo en 1986 el Ejercicio de Evaluación de la Investigación para imponer una puntuación a cada departamento universitario del país, produciendo una clasificación de mejor a peor en la calidad investigadora. A lo largo de la década de 1990, se exhortó a las instituciones de letras a aplicar nuevos métodos contables para captar valor. Los análisis de coste-beneficio, unidos al lenguaje neoclásico de «fallo del mercado», se convirtieron en comprobaciones del gasto público legítimo. Se inventaron técnicas de auditoría estratégica para clasificar la «competitividad» de naciones, regiones y ciudades. La expansión de la teoría económica y de la auditoría neoclásicas a todos los ámbitos de la vida social y política fue un fenómeno desalentador, que privó a los ámbitos no incluidos en el mercado de su lógica autónoma¹⁴. Alcanzó lo que yo he calificado como desencanto de la política por la economía en el neoliberalismo. Pero es importante también reconocer las restricciones y los procedimientos normativos que esto establece en torno al ejercicio del poder político. En tales condiciones, la teoría económica neoclásica se convierte en una constitución flexible para el gobierno o, dicho de otro modo, en la «gobernanza» en sus formas delegadas. Las cuestiones normativas de equidad, recompensa y reconocimiento pasan a ser canalizadas hacia pruebas económicas de eficiencia y comparaciones de «excelencia». Unido a las luchas de mercados y cuasimercados, el ideal es el de la meritocracia, de recompensa legítimamente ganada y no arbitrariamente heredada.

Los gobiernos de centro-izquierda estaban mejor preparados para la búsqueda del neoliberalismo normativo, o lo que se denominó tercera vía, por dos razones. En primer lugar, como modo de gobierno dirigido a modernizar las instituciones públicas e intervenir en la vida social, esto exigía técnicas, instituciones y experiencia tradicionalmente más asociados con la socialdemocracia que con el conservadurismo¹⁵. Era un proyecto deliberadamente progresista, animado por un deseo reformista de producir una sociedad justa y no sometida a las trabas de la cultura o

¹⁴ Véase Wendy Brown, *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*, Cambridge (MA), 2015.

¹⁵ Esto lo sostiene Pierre Dardot y Christian Laval, *The New Way of the World: On Neoliberal Society*, Londres y Nueva York, 2014; ed. orig.: *La nouvelle raison du monde*, París, 2009; ed. cast.: *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, 2013.

la tradición. En segundo lugar, esta hegemonía economicista iba acompañada a menudo de un aumento de los niveles de gasto social. El centro izquierda veía la difusión de las auditorías económicas como el medio necesario para adquirir valor en servicios y programas públicos en una era postsocialdemócrata¹⁶. En casos como la educación superior o las artes, los profesionales no experimentaban la auditoría como algo meramente punitivo o panóptico, sino como la base sobre la que conseguir legítimamente más financiación.

Dada la importancia constitucional de la competencia dentro del neoliberalismo normativo, su legitimidad nunca ha sido amenazada por la desigualdad en sí. Su visión moral dependía en último término de la autoridad de las auditorías, los test económicos y las metodologías que los diversos organismos usaban para juzgar y calcular el valor en la sociedad en general. Estas valoraciones tenían que conservar cierto prestigio *a priori*, para que el neoliberalismo normativo se mantuviese integrado. Esa distinción se perdió durante la crisis bancaria, en cuanto se descubrió que los sistemas de auditoría y los modelos económicos podían servir a intereses creados, tanto políticos como económicos. El descubrimiento de que los auditores y las agencias de calificación se guiaban también por incentivos financieros ayudó a privar al neoliberalismo normativo de su coherencia ideológica. La desigualdad, que había ido aumentando en la mayor parte del Norte global desde la década de 1980, solo volvió a convertirse en una preocupación importante después de que se hubiese descubierto que los test de desigualdad legítima eran defectuosos.

3. NEOLIBERALISMO PUNITIVO: 2008-?

Al observar las dos primeras fases del neoliberalismo, es curioso que los teóricos y los sociólogos críticos fuesen en gran medida incapaces de reconocer una de las características económicas que las definen: la acumulación de la deuda. Como muestra Wolfgang Steeck en *Buying Time*, hubo una fase de aumento de la deuda pública, que coincidió con lo que yo he denominado el neoliberalismo combativo, seguida por una fase de aumento de la deuda privada, que coincidió con el neoliberalismo normativo. Pero solo acaecidos estos hechos se prestó la debida atención crítica o analítica a ambos. Mientras la financiarización iba en aumento, la deuda se confundió en gran medida con otras formas de valor

¹⁶ Véase Michael Power, *The Audit Society: Rituals of Verification*, Oxford, 1997.

inmaterial, como la «creatividad» o el «conocimiento»¹⁷, lo cual ocultó su lógica política durante los periodos del neoliberalismo combativo y normativo, que, sin embargo, se hizo contundentemente manifiesta tras la crisis financiera global.

La transferencia de deudas bancarias a los estados contables públicos, lo cual justificó la austeridad, ha suscitado la tercera fase del neoliberalismo, que opera con unos valores de castigo fuertemente moralizado (a diferencia del utilitario). Lo que distingue el espíritu del castigo es su lógica *post jure*, es decir, la sensación de que el momento del juicio ya ha pasado y que las cuestiones de valor o culpa ya no están abiertas a deliberación. Por eso mismo es poscrítico. En el neoliberalismo punitivo, la dependencia económica y el fracaso moral se enredan en forma de deuda, produciendo una afección melancólica en la que gobiernos y sociedades liberan el odio y la violencia sobre miembros de su propia población. Cuando la deuda se combina con la debilidad política, se convierte en una condición para aumentar el castigo. Los estudios de quienes viven en la pobreza con deudas problemáticas han encontrado una psicología de melancolía mayoritaria, por la que la deuda exagera la sensación de autorrecriminación y la expectativa de un nuevo castigo¹⁸. La investigación de las actitudes públicas hacia la austeridad confirma una interiorización similar de la moralidad financiera, que produce la sensación de que «merecemos» sufrir por el crecimiento económico animado por el crédito¹⁹.

Las prácticas y los instrumentos de las políticas públicas del neoliberalismo punitivo guardan un fuerte parecido de familia con los propagados en las primeras fases del neoliberalismo. El Partido Conservador británico ha retomado las políticas de la era Thatcher, como una expansión del «derecho a comprar» vivienda social, solo que ahora ampliado a los inquilinos de cooperativas de viviendas sin ánimo de lucro; y la legislación antisindical, como la exigencia de comunicar las actividades de los piquetes por adelantado a la policía y la prohibición de que los sindicalistas voten *on line* sobre la huelga. Hasta el *Financial Times* ha tachado

¹⁷ Un interesante *mea culpa* a este respecto es el de Maurizio Lazzarato, *The Making of the Indebted Man*, Cambridge (MA), 2012, pp. 50-51.

¹⁸ William Davies *et al.*, «Financial Melancholia: Mental Health and Indebtedness», Political Economy Research Centre, Goldsmiths, Londres, 2015.

¹⁹ Liam Stanley, «“We’re Reaping What We Sowed”: Everyday Crisis Narratives and Acquiescence to the Age of Austerity», *New Political Economy*, vol. 19, núm. 6, 2014.

estas medidas de «desproporcionadas»²⁰. No está inmediatamente claro qué pretenden alcanzar con ellas. Comparadas con la mayoría de los criterios de evaluación económica ortodoxa, son autodestructivas. El inflado mercado inmobiliario británico es ya una fuente de profundos problemas estructurales en su economía y, desde 2008, la economía británica ha perdido menos días por huelgas al año que en cualquier momento entre 1900 y 1990. Un aumento de la densidad y la capacidad negociadora de los sindicatos tendría más posibilidad de aumentar los salarios, reducir la desigualdad y de ese modo ayudar a promover un crecimiento más sostenible²¹.

Las técnicas asociadas con el neoliberalismo normativo adoptan también una nueva cualidad punitiva. En los tiempos de crecimiento, la difusión de las auditorías al sector público y al cultural se experimentó como un criterio semiconsensual en función del cual distribuir más fondos. En tiempos de austeridad, las mismas técnicas se convierten en herramientas con las que retirarlos, produciendo multitud de daños en el proceso. La famosa afirmación hecha por Warren Buffett de que «solo cuando la marea baja descubres quién se está bañando desnudo» se está ahora extendiendo forzosamente a ámbitos públicos y culturales. La expectativa gubernamental de que la productividad del sector público pueda aliviar las pérdidas relacionadas con la austeridad hace que la declinante salud mental y física de los trabajadores del sector público sea ahora uno de los índices más significativos de la reducción fiscal. Una encuesta efectuada a comienzos de 2015 concluyó que casi la mitad de los profesores de Inglaterra habían acudido al médico por razones relacionadas con el estrés y más de dos tercios estaban pensando en dejar el trabajo; de modo similar, el 70 por 100 de los médicos residentes se plantea dejar el Servicio Nacional de Salud, como respuesta a la ampliación no remunerada de las horas de trabajo²². El suicidio de Stefan Grimm, un científico alemán que trabajaba en el Imperial College de Londres y al que se le había impuesto un objetivo de aumento de fondos para la investigación, en un contexto de asignación de subvenciones cada vez más competitivo, resalta el tipo de presión que el establecimiento punitivo de objetivos

²⁰ «UK government crosses the road to pick a fight», *Financial Times*, 14 de septiembre de 2015.

²¹ Florence Jaumotte y Carolina Osorio Buitron, «Union Power and Inequality», VoxEU.org, Centro de Investigaciones sobre Política Económica, 22 de octubre de 2015.

²² Matt Precey, «Teacher stress levels in England “soaring”, data shows», *BBC News*, 17 de marzo de 2015; Denis Campbell, «Junior doctors: 7 in 10 to leave NHS if Hunt pushes through new contract», *The Guardian*, 20 de octubre de 2015.

puede crear en una era en la que los fondos menguan. Los conflictos y los daños provocados por el neoliberalismo están avanzando ahora al área somática. Los límites a la austeridad los defienden más eficazmente los activistas que luchan por los derechos de los discapacitados y los médicos en huelga, que han alcanzado un nivel de respaldo público que representa una verdadera preocupación para el gobierno conservador.

Pero la superficial similitud del neoliberalismo contemporáneo a las fases anteriores enmascara una profunda diferencia: en esta fase, no está completamente claro por qué se introducen dichas medidas, si no es por un deseo de obtener cierta forma de venganza. La perspectiva schmittiana de los pioneros neoliberales, que enfrentaba el capitalismo de libre mercado a todas las variedades de sistemas no capitalistas, se ha convertido en algo igualmente paranoide y simplista, pero ahora claramente autodestructivo. En contraste con la ofensiva contra el socialismo, los «enemigos» contra los que ahora se dirige están en gran medida desprovistos de poder y se hallan dentro del propio sistema neoliberal. En algunos casos, como los de aquellos traumatizados por la pobreza, la deuda y el hundimiento de las redes de seguridad social, ya han sido en gran medida destruidos como fuerza política autónoma. Pero de algún modo esto aumenta el impulso de castigarlos más aún.

¿Representación o repetición?

La crisis del keynesianismo fordista en la década de 1970 obedeció a un ritmo de crisis clásicamente moderno, en consonancia con el modelo de cambio de paradigma propuesto por Thomas Kuhn. Las contingencias económicas suscitaron una crisis de la ortodoxia teórica y reguladora; esto produjo un periodo de incertidumbre epistémica y política, que a su vez creó un espacio para que ganasen credibilidad teorías e ideas políticas opuestas. La famosa observación hecha por Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel* —«La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo y lo nuevo no logra nacer»— bien podría haber descrito los años intermedios de la década de 1970, antes del ascenso del neoliberalismo. Hoy, sin embargo, lo viejo no está muriendo, sino que lo están haciendo revivir.

La estructura de la crisis histórica se refleja en la gramática de la crítica, en la que la capacidad semiótica de representar la realidad se usa como medio para acelerar la transformación de esa realidad. La representación

puede emplearse para resaltar el sufrimiento latente dentro de la situación actual, o para demostrar la naturaleza contradictoria e insostenible del callejón sin salida. Sin embargo, la interrelación entre crítica y crisis asume como mínimo que todas las partes están comprometidas con una representación semiótica creíble, aunque esta esté meramente al servicio de una nueva hegemonía. Pero ¿y si no lo están? Este es el problema que Varoufakis resalta cuando dice: «Era como si uno no hubiese hablado». Una forma de interpretar la violencia aparentemente absurda del neoliberalismo punitivo es que se trata de una estrategia para circunvalar la crisis y, al mismo tiempo, evitar la crítica. En lugar de formas de conocimiento críticas, que necesariamente representan las deficiencias del presente, se ofrecen formas de afirmación vacía, que deben repetirse de manera ritual. Estas formas carecen de aspiración epistemológica o semiótica a representar la realidad y son, por el contrario, maneras de reforzarla. Cuando los dirigentes políticos dicen que la austeridad provocará crecimiento económico, el propósito de dicho discurso es el de repetir, no el de representar. De igual modo, cuando a los solicitantes de prestaciones se les obliga a recitar lemas como «Mis únicos límites son los que yo me pongo a mí mismo», claramente no se trata de declaraciones sobre la verdad o sobre los hechos. Se trata de lo que Luc Boltanski ha denominado «sistemas de confirmación», expresiones performativas que intentan preservar el *statu quo* y ocupar un espacio discursivo que de lo contrario podría llenarse de preguntas empíricas o críticas sobre la naturaleza de la realidad.

En contraste con la sociedad fordista observada por Gramsci, el poder busca ahora circunvalar la esfera pública, para evitar las restricciones de la razón crítica. Cada vez más, son los códigos no representativos —de la programación informática, las finanzas, la biología humana— los que median entre pasado, presente y futuro, dando coherencia a la sociedad. Cuando, por ejemplo, no puede lograrse el compromiso de los empleados por medios culturales o psicológicos, cada vez más las empresas buscan soluciones como la tecnología portátil, que tratan al trabajador como una pieza de capital fijo que debe ser vigilada físicamente y no como capital humano al que hay que emplear. Las principales características humanas son aquellas repetidas de un modo casi mecánico: pasos, sueño nocturno, respiración, latido cardíaco. Estas cualidades metronómicas de la vida llegan a representar cada momento que pasa como más de lo mismo.

Por debajo de la nueva circunvalación de las formas críticas del conocimiento por parte del neoliberalismo se abre paso la verdad que este se

muestra tan ansioso por evitar: la ausencia de alternativas rentables al roto modelo actual de acumulación capitalista que se esfuerza en apuntalar. El desarrollo capitalista mundial está confundido por su propio éxito: ha provocado una masiva sobrecapacidad de fabricación, con un exceso de producción, que reduce los beneficios, combinado con una enorme sobreoferta de mano de obra, que debilita los salarios y, por lo tanto, la demanda. Con solo algún repunte ocasional, las tasas de rentabilidad han ido cayendo, de ciclo empresarial en ciclo empresarial, desde finales de los *trente glorieuses*. El hecho irrefutable es, sin embargo, la drástica incapacidad de lograr un modelo viable y rentable de capitalismo desde la desaparición del keynesianismo fordista. La dependencia, antes tácita y ahora explícita, del modelo neoliberal respecto al creciente endeudamiento de los sectores público y privado ha sido, como demuestra Streeck, diferir las soluciones durante cuarenta años. En último término, la función de los síntomas aparentemente irracionales presentes en el neoliberalismo actual es la de esquivar u ocultar esta comprensión.

La idea fundadora del neoliberalismo, que data de la década de 1920, es el argumento planteado por Mises de que no puede haber una explicación científica de la necesidad humana, sino solo de la preferencia del consumidor. Mientras este dogma no sea refutado por la experiencia histórica, parece inevitable que la resistencia y el conflicto reverberen en torno a cuestiones de políticas sobre discapacidad y atención sanitaria, en las que la finitud y la falibilidad del cuerpo humano ofrecen la refutación más sencilla de la doctrina de Mises, aunque podrían aún contribuir a una hegemonía completamente distinta. El neoliberalismo se ha vuelto increíble, pero eso se debe en parte a que es un sistema que ya no busca la legitimidad como la buscaba antes, mediante un cierto consenso cultural o normativo. El poder soberano siempre ha tenido una lógica circular, ejercido para demostrar que puede ejercerse. Pero hoy, esa soberanía se encuentra en esferas técnicas y tecnocráticas: políticas, castigos, recortes y cálculos están siendo repetidos sin más, porque esa es la única condición de su realidad. Las coerciones de las políticas aplicadas después de 2008 son las de un sistema en retirada tanto de la ideología como de la realidad del diálogo público racional, y las restricciones epistemológicas que ello supone. Podemos ofrecer una crítica económica detallada, movilizar una amplia masa del país o cantar el himno nacional sueco, gritar o parodiar, pero todas las formas de disensión se tratarán como equivalentes. Esto, al menos, es algo que la sátira puede demostrar.

